

NECESITAMOS ESPERANZA

por Fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.

El 2024, en el que hemos entrado hace poco, hace que descubramos un deseo de felicidad o por lo menos de serenidad, sensiblemente más intenso con respecto a los años precedentes. En enero del año pasado os deseábamos el final de la pesadilla de la pandemia. Pero, de hecho, en los últimos doce meses, la Covid se ha atenuado solamente, pero no se ha eliminado el riesgo de letalidad, sobre todo con respecto a los más frágiles. Hemos deseado que, durante el 2023, los esfuerzos de la diplomacia internacional hubieran obtenido el fin del conflicto en Ucrania. Sin embargo, muerte, sufrimientos y terror continúan turbando la vida de un pueblo cada vez más agotado, mientras que otra cruel guerra ha estallado en aquella zona que la mayor parte de la humanidad considera la Tierra Santa. Esperábamos una disminución de la crisis económica. Hemos obtenido solo alguna señal de recuperación, casi imperceptible y que ha rozado solo la capacidad de gasto de las familias comunes. Ahora nos encontramos todas estas expectativas, intactas y aumentadas, nuevamente delante del amanecer de un nuevo año, donde se enfrentan, dentro de nosotros, dos sentimientos opuestos: la desilusión, con el

riesgo que desemboque en desánimo, y la esperanza. La esperanza es ciertamente, una virtud cristiana, pero es también una necesidad primaria del hombre. Karl Menninger, considerado uno de los psiquiatras americanos más competentes en otro período crítico para la humanidad entera, después de la Segunda Guerra Mundial, fue el primero en subrayar la importancia del impulso motivacional y la definió como una “expectativa positiva”, habiendo observado su papel primario en el éxito del camino terapéutico de sus pacientes. Tenemos pues, necesidad de esperanza. Tenemos necesidad de creer que el futuro hacia donde vamos será mejor que el presente. La ya famosa frase «*homo faber fortunae suae*», atribuida al escritor romano precristiano Appio Claudio Cieco y hecha famosa por los pensadores renacentistas, incluso no pudiendo ser compartida en su significado literal radical, puede constituir un estímulo para comprender la responsabilidad de cada individuo. Nadie puede considerarse excluido de la posibilidad de hacer su propia parte para la edificación del Reino de Dios, también sobre esta tierra. No es, esto, una tarea reservada solamente a los ministros ordenados. Nos lo confirma San Pío de Pietrelcina, en una carta escrita hace 110 años a una hija espiri-

tual, la noble de Foggia Raffaellina Cerase, en la cual se lee: “No todos estamos llamados por Dios para salvar a las almas y para propagar su gloria con el alto apostolado de la predicación; y sabe también que este no es solamente y el único medio para alcanzar estos dos grandes ideales. El alma puede difundir la gloria de Dios y trabajar para la salvación de las almas mediante una vida verdaderamente cristiana, rezando incesantemente al Señor para que “venga a nosotros su reino”, que su santísimo nombre “sea santificado”, que “no nos deje caer en la tentación”, que “nos libre del mal” (Epist. II, p.70). Están, pues, al alcance de cada hombre de buena voluntad, también al más humilde y socialmente menos considerado, dos “armas potentísimas para destruir odio y afán de dominación, sobre cuyas ruinas se podrá edificar la cultura del amor, presupuesto indispensable para la paz. Estas dos “armas” son el ejemplo y la oración. Hagamos buen uso y seremos capaces de hacer nuestra pequeña parte, pero importantísima contribución para prepararnos un futuro mejor y, mientras esperamos, obtendremos también un resultado inmediato: la serenidad que surge de la esperanza.

¡Feliz año!



© derechos reservados

